

Tres cuentos rápidos

Alejandro Medina



Capítulo 1

Martha

De pronto mi anillo de bodas ha desaparecido: de los nervios se me ha caído al piso. Helena se da cuenta de mi estado ansioso y me mira disimuladamente de reojo. El calor en la sala de conciertos se vuelve insoportable. El vértigo de la música de Stravinsky acentúa mis nervios. Helena se recuesta sobre su costado izquierdo, y sin dejar de mirar al escenario recoge el anillo y me lo entrega, abochornada. Le agradezco el gesto asintiendo con la cabeza. Intento disimular lo más que puedo pero me delatan el sudor en mis manos y mi frente y no puedo dejar de pensar en Martha: "Martha es mucha Martha", repito mentalmente hasta el cansancio. Siento la conciencia sucia al pensar en ella, sola en casa, ocultando algo que desde hace días no me ha querido decir y que nos está alejando cada día más. En un momento en que el remordimiento deja de oprimir las paredes de mi cerebro percibo que la orquesta ha dejado de tocar y apresurado me levanto a aplaudir; la gente con la que Helena y yo compartimos palco y las personas de los palcos contiguos se vuelven hacia mí: soy el punto de atención por unos segundos; me miran extrañados porque la pieza aún no ha terminado. Vuelvo a sentarme simulando desconcierto. Avergonzado por mi actuar, reacomodo el nudo de mi corbata y la orquesta abajo prosigue con su ejecución. La conciencia plena de saber que estoy actuando mal me hace levantarme de mi asiento y decido marcharme de la sala de conciertos dejando a Helena sola. Ella sólo mira sin decir nada. Ambos sabemos que después de esto nunca más nos volveremos a ver. Salgo a la calle iluminada tenuemente por la luz amarillenta de las lámparas. Me pongo nuevamente mi anillo de bodas. Voy directo a casa. Martha es mucha Martha.

Su respuesta me dejó congelado...

La conocí en la fiesta de cumpleaños treinta y cinco de Rodolfo. La noche comenzaba a enfriarse, sin embargo, el alcohol era como una cálida cobija que nos protegía del inclemente tiempo. En el pequeño departamento del festejado estábamos Fernando, Carlos y yo, únicos partícipes del convite organizado intempestivamente.

Entre cubas libres, humo de cigarro y fichas de dominó, platicábamos de cosas sin importancia, riendo de chistes o albures que salían de nuestras bocas a veces con insultos inofensivos, sabiendo que nuestra amistad no

se resquebrajaría por alguna de esas palabras. El tiempo parecía detenido ante la brisa de camarería que inundaba al pequeño espacio. De pronto sonó el timbre y Rodolfo corrió a atender el llamado: apareció ella, Teresa, prima del festejado. Venía un poco agitada y algo tensa.

—Acabo de pelear con mi novio, nada importante —nos dijo después de presentarse y relajarse con un trago a la cuba libre que le sirvió su primo.

Con el transcurrir de las horas, Teresa poco a poco fue convirtiéndose en una amiga de esas que parece conocer de toda la vida. Un pequeño detalle llamó mi atención: Fernando, Carlos y yo, que éramos los que fumábamos, teníamos que salir al balcón a fumar porque a Teresa le quemaba la garganta el humo asfixiante del tabaco.

Y así, entre risas, innumerables copas y partidas de dominó, el tiempo terminó ganándonos la partida principal y hubo necesidad de despedirnos en la puerta del departamento a las siete de la mañana.

Dos meses después de esa fiesta nos volvimos a reunir, ahora en el departamento de Teresa, por el rumbo de las calles de Obrero Mundial. Igual que en la fiesta de Rodolfo, el alcohol, cigarros y fichas de dominó prevalecieron durante la reunión, sólo que Teresa se negó a beber en esta ocasión: en su garganta se dibujaban manchas rojas que parecían lenguas de fuego brotando de su blusa.

—Chicos, no me lo tomen a mal —nos dijo—. Sucede que estoy finalizando un tratamiento de quimioterapia porque tengo cáncer en la garganta, pero afortunadamente ya estoy erradicando el problema.

Su confesión no alteró en lo más mínimo el ánimo de la reunión, más bien hizo más cercana la amistad que forjamos con ella.

Después de esa reunión no la volvimos a ver más.

Tiempo después, a lo mucho un año, encontré a Rodolfo por la calle. Nos saludamos de acuerdo al tiempo que habíamos dejado de vernos y nos pusimos a platicar. En un momento donde los temas por platicar se agotaron, pregunté a Rodolfo por su prima. Su respuesta me dejó congelado:

—Falleció hace casi un mes: rebrotó el cáncer más fuerte. Ningún tratamiento funcionó porque se hizo metastásico. La sepultamos en el Francés de Avenida Cuauhtémoc. ¿Sabes, Marcos? ¿Sabes de quiénes se acordó en sus últimos momentos? De Fernando, Carlos y de ti.

Blanca

—A propósito, ¿cómo te llamas? —le pregunté para terminar nuestra plática.

—Me llamo Blanca —contestó.

El día de su regreso fue muy significativo para mí. Desde hacía diez años que *Ella* radica en España. Era copista aquí en México; se fue, porque quería crecer profesionalmente como pintora.

La conocí en el cumpleaños veintiocho de Inés. *Ella* había aprovechado la fiesta para despedirse de nosotros, ya que esa misma noche partía a Europa. Yo la conocía apenas, Inés es su amiga desde la infancia. Esa tarde, cuando la fiesta había terminado y los invitados por fin se retiraron, *Ella*, Inés y yo prolongamos la reunión por un rato más. Cuando la luz de la tarde claudicó sus esfuerzos ante la inevitable noche, Inés, que había bebido un par de copas más que todos, se quedó profundamente dormida en el diván, lo que *Ella* aprovechó para encerrarnos en la recámara... y no recuerdo nada más.

El día de su regreso la encontramos parada enfrente de la puerta de nuestra casa junto a su inseparable maleta repleta de materiales de trabajo; tocaba obstinadamente, ignorando que no había nadie adentro. Cuando Inés la vio en lontananza gritó: "¡Es *Ella*!", y se echó a correr, soltando las bolsas del mercado y dejándolas abandonadas sobre el piso de la banqueta.

Su vuelta estaba motivada por un telegrama que Inés le había enviado, a razón de que una compañía constructora acababa de lograr, gracias a una serie de gestiones corruptas, expropiar el terreno que ocupaba su casa para demolerla y construir un complejo habitacional. *Ella* tomó el primer vuelo de regreso a México que encontró, apurada por el carácter urgente del telegrama.

Como las buenas amigas que son, Inés y *Ella* se pasaron toda la tarde poniéndose al tanto de sus vidas, y yo sólo fui una mera comparsa. Inesperadamente el chirrido del teléfono interrumpió de súbito, por unas milésimas de segundo, la conversación casi hipnótica que sostenían las amigas, y como yo no era partícipe de la charla fui a contestar. Regresé a la sala para advertirle a Inés que la llamada era para ella, salió por espacio de un minuto y volvió un poco apurada porque la había llamado su jefe, que la requería urgentemente en la oficina. Medio arregló su cabello, verificó que en su bolsa estaban todas sus pertenencias, fue al

estudio por unas carpetas y antes de salir nos dijo:

—Regreso en una hora u hora y media. Voy nomás a dejar estos archivos y regreso. ¡Qué lata dan los jefes! Interrumpen cuando se les pega la gana. No me tardo.

Como en un *déjà vu* contemple el escenario en el que me hallaba: *Ella* y yo solos otra vez, sólo que ahora totalmente sobrios. Intenté iniciar conversación pero no me salían palabras de la garganta. Al fin, *Ella* rompió el hielo y platicamos no me acuerdo de qué cosas. Al cabo de un rato pretexté que tenía que escribir un artículo el cual debía entregar al día siguiente, pero no era más que un ardid para zafarme del embrollo que representaba estar a solas con *Ella*. Cuando me disponía a salir de la sala para dirigirme al estudio, repentinamente me vino a la cabeza la duda que siempre me ha acompañado desde que la conozco: nunca he sabido cómo se llama.

Volví a la sala para culminar nuestra malograda plática: *Ella* permanecía sentada en el sofá, revisando su maleta repleta de materiales de trabajo. Para no prolongar por mucho tiempo la escena, simplemente le dije:

—A propósito, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Blanca —contestó.

Salí de la sala dudando sobre la veracidad de su respuesta.